

# La Guaxa

Ricardo Pérez García

---

letra **R**editorial

Primera edición: Noviembre 2022

Depósito legal: AS 02782-2022

ISBN: 978-84-125425-2-3

© Ricardo Pérez García

© Maquetación y diseño: Editorial Letra r

© Fotografía de cubierta: Himesh Mehta

© Fotografía de autor: Paula Muñiz

Editorial Letra r

[www.lettrareditorial.es](http://www.lettrareditorial.es)

[info@lettrareditorial.es](mailto:info@lettrareditorial.es)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Letra r apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Editorial Letra r no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

*Dedicado a aquellos  
que huyen de las dedicatorias*

## NOTA DEL AUTOR

Todos los personajes que aparecen en este relato son ficticios, excepto la Guaxa y la Virgen de la Blanca.

Muchos años después de que la hija de don Teudo y el pirata<sup>1</sup> protagonizaran uno de los episodios más discutidos y venerados de Luarca, aconteció la historia que estoy a punto de contarles y en la que, lamentablemente, tuvo que morir mi primogénita. Contaba con apenas un año y, si bien disfruté de todos y cada uno de sus días, nunca me perdonaré el triste hecho de permitir que se fuera para siempre. Muchas lenguas me atribuyeron la culpa, pero en mi defensa he de decir que su muerte fue inevitable. Igual que lo será la mía y la de todos ustedes.

Nadie sabe cuándo comenzaron las visitas de la Guaxa, pero la primera niña que tuvo la mala suerte de recibirla fue la hija del herrero. No sé por qué la muerte produce un influjo tan importante entre nosotros. Nos repugna y atrae a partes iguales. Quizás por resultar inevitable queremos comprenderla antes de sufrirla, lo que no deja de ser inquietante, pero hay tantas cosas incomprensibles en la naturaleza del ser humano que somos capaces de seguir adelante aun sabiendo lo que depara el futuro a nuestra carne corrompible. La muerte está tan ligada a nuestro carácter que la aceptamos sin aceptarla: es una paradoja

tan incomprensible como maravillosa. Pero a lo que iba; la hija del herrero fue su primera víctima.

Era menuda, pero no de la manera en que puede serlo una niña de ocho años, sino que resultaba mínima hasta el extremo. También hay que decir que todo aquello que tenía de diminuta lo tenía de ágil. Podía recordar a una lagartija. De hecho, sus ojos eran tan despiertos como los de uno de esos reptiles esquivos de las tapias. En conjunto, su gracia natural resultaba fascinante. Hasta que llegó el momento en que comenzó a apagarse poco a poco.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó el herrero aquel día que tardó en levantarse de la cama. Habituaba a ser la primera en hacerlo, incluso antes que él, que necesitaba de las horas tempranas para tener preparada la fragua. Sin embargo, cuando regresó a mediodía para comer aún se mantenía acostada.

La madre lo miró mientras calentaba agua del aljibe. Se alzó de hombros restándole importancia.

—Vendría la Guaxa —se mofó.

—No bromees con eso —replicó el hombre. Su mirada mezclaba el temor y la incomprensión hacia la burla de su mujer.

—A esa no la paras ni emparedándola —contestó mientras sonreía.

Y sin embargo, lo hizo. Se levantó pálida. Llegó a la cocina con unas ojeras que solo aparecían cuando las fiebres de invierno. Las cuencas de los ojos parecían dos pozos de agua vacíos y los labios eran el

mínimo punto de color que podía adivinarse en todo su cuerpo. Fue el padre el primero que la supo enferma. Se acercó a ella intentando no mostrar más preocupación que la inevitable.

—¿Has dormido mal? —preguntó.

La niña negó con la cabeza.

—¿Tienes frío? —Le tocó la frente para valorar la temperatura—. Hazle caldo de pita —ordenó a su mujer—. Traeré brasas para la noche.

La mujer la miró preocupada por vez primera. Si bien habituaba a mofarse de todo, supo, en el instante en que el marido posó su mano callosa y llena de quemaduras sobre la frente de la niña, que algo no iba bien.

—Estás ardiendo, coño —confirmó—. Cogerías frío ayer en el puerto jugando con Oliva. Acuéstate, que te hago caldo.

Cuando volvieron a quedarse solos se miraron con preocupación. El padre, si bien escéptico, pensaba en la Guaxa; la madre, pragmática, en las fiebres.

—¿Quién es Oliva? —preguntó el herrero, intentando regresar a una normalidad que sabían no regresaría fácilmente.

—La de la taberna —respondió mientras despiezaba uno de los pollos que esperaban su turno en la fresquera.

—¿Crees que cogió frío? —preguntó el padre.

—¿Qué si no? —La madre lo miró con las manos ensangrentadas. El pollo reposaba en la madera. El agua comenzaba a borbotear—. ¿La vieja?

—Sabes que no.

El herrero la miró mientras su mujer metía cebolla, ajo, laurel, el pollo troceado y un trozo de manteca en la cazuela.

—No sería la primera vez —espetó la mujer—. Mi madre me contó las visitas de cuando ella era joven.

—Tonterías —respondió el hombre mientras se sentaba en uno de los taburetes de madera—. Cuentos de viejas.

—A mí casi me lleva —confesó la madre—. Mi madre me contó. Tenía la edad de la cría cuando comencé a menguar. Hasta que me colgaron el *puñerín*<sup>2</sup>. Todavía lo tengo.

Llevaba la *cigua* colgada al cuello desde que era niña. El amuleto de azabache apenas se distinguía entre sus carnes. Se lo había colgado su madre y no se lo había vuelto a quitar. Mantenía incluso la cuerda primera.

—Bobadas —respondió el hombre—. Es un trozo de piedra entre las tetas. Eso no cura nada.

La mujer se alzó de hombros. Le sirvió a su marido el guiso que esperaba con ansia tras la faena. Se sentó a su lado para comer mientras el caldo continuaba con la hervida.



—Ayer se mojaron en el puerto mientras buscaba los chicharros —explicó la mujer—. Cogió frío. Mañana estará como siempre.

Cuando regresó al anochecer, el hombre traía consigo una cantidad de brasas poco habitual en aquella época del año. La primavera estaba avanzada y hacía calor suficiente como para dormir sin ellas bajo el colchón. Las sacó de la cesta de metal y las colocó poco a poco repartidas en el cajón bajo la cama de la niña con el fin de calentarla para ahuyentar los sudores fríos que la perturbaban casi de forma continua.

—Pasó mala tarde —explicó la mujer—. Tembló y sudó la de dios.

—¿Comió algo?

—Caldo, algo de pollo y vino caliente. Le sentó bien. Pero está muy débil.

Al día siguiente, antes incluso de que el padre desayunase, la visitó en el dormitorio. No distinguió más que una forma difusa en la penumbra del hueco, pero supo que seguía enferma. Acercó una vela a su carita ladeada y la descubrió empapada en sudor y con el ceño fruncido, como si pretendiese ahogar un dolor con el fin de no despertar a sus padres.

—Marina —susurró el herrero—. ¿Cómo estás?

—Dormida —respondió la niña sin abrir los ojos mientras volteaba su cuerpecito minúsculo—. No me despiertes.

El padre la dejó descansar volviendo a la cocina. Preocupado, cortó un trozo de chorizo, un poco de

manteca y un pedazo generoso de la hogaza de pan. Ya sabemos que solía levantarse muy temprano para tener encendida la fragua con las ascuas calientes antes de que llegase el primer encargo del día. Rumió el desayuno pensando en la niña. Consideró pedirle a su mujer que le colgase la *cigua* a ver qué pasaba, o encargarle una al orfebre, o pedirle consejo al médico, o a don Gilberto, incluso. Era un hombre prudente, nada supersticioso, de los considerados buenos en estos tiempos. Comenzaría a creer en supercherías, si fuese necesario. Haría lo que fuese por aquella niña.

—Hazle un *puñerín* para la cría —ordenó al artesano. El taller del orfebre estaba de camino a la fragua, cerca del puerto, al lado de la iglesia.

El orfebre lo miró extrañado. Sabía que el herrero no creía más que en aquello que veía, pero se limitó a asentir.

—¿Negro o de hueso? —preguntó desde la ventana. Todas las mañanas intercambiaban un alzamiento de cabeza que ese día el padre obvió.

—Negro. Pequeño —aclaró.

—¿Hilo?

—Cuerda. Marinera. Que aguante.

—Para hoy a última hora.

Ambos asintieron a modo de despedida.

Aun con la *cigua*, la niña continuó consumiéndose tan poco a poco que, cuando quisieron darse cuenta, no era más que un lienzo de piel casi atravesado por sus huesecitos de pollo.

Llamaron a una vecina del pueblo de la que nadie sabía nada más que su nombre. Todos la recordaban como la anciana más vieja que habían conocido nunca, incluso aquellos cuyas arrugas surcaban sus caras sin miramientos. La llamaron porque conocía conjuros utilizados para cualquier asunto, muertes, amóríos, traiciones.

—La niña se nos muere —informó el herrero cuando cruzó la puerta de madera que delimitaba la casa de la anciana. Era un único hueco en el que la letrina, el lar y el colchón compartían espacio con una lechuza que lo miraba juzgándolo.

—¿Qué le pasa? —preguntó la vieja desde la esquina en la que ocupaba un taburete. Sus manos afiladas se posaron en el regazo, sobre un mandil tan desgastado como limpio.

—Cada día está más delgada. Solo tolera caldo, pita menuda y vino caliente.

—¿Ya es mujer?

—No.

—¿Está caliente?

—Mucho.

La anciana lo miró pensativa. Se levantó y fue hacia una mesa en la que había más moscas que trozos de pescado recién limpio. En un cuenco de piedra depositó hierbas secas que fue cogiendo con cuidado de tarros dispersos en el único estante de la pared. Añadió un chorro de un líquido aceitoso y con una parsimonia que al herrero se le antojó excesiva, ma-

chacó las hierbas con otra piedra alargada como si fuese a utilizar el unguento para majar carne.

—Frotadle el pecho con esto cuando se ponga el sol —ordenó—. Después iré yo.

—Soy el herrero, vivo en...

—Sé quién eres —cortó la anciana—. No te preocupes.

El herrero regresó a casa con la pomada.

—He ido a ver a la Síngala —explicó a su mujer cuando lo vio frotar el mínimo pecho de la niña con el unguento—. Me ha dado esto. Se lo froto con la puesta de sol y luego vendrá ella.

Su mujer lo miró extrañada. Ya sabemos que es un hombre prudente, no dado a supersticiones: anteriormente la *cigua* y ahora el conjuro no hacían sino confirmar la desesperación de su marido.

La anciana, tal y como había prometido, se presentó en la casa a los pocos minutos de la puesta de sol. Los sorprendió la agilidad con la que llegó. Si bien su cuerpo era una pura arruga, tenía la destreza de una adolescente.

—¿Se lo habéis echado en el pecho? —preguntó sin saludar mientras entraba en la casa.

La pareja asintió.

La anciana se dirigió al hueco de la niña. Tanto el herrero como su mujer la miraron extrañados; parecía conocer la casa. Se movía con la destreza de quien está habituado a vivir en ella; no dudó del hueco de la niña, ni del cajoncito del jabón al que acudió para

lavarse las manos. La juzgó como quien juzga a un reo. Movi6 la cabeza lateralmente.

—Deberíais haberme llamado antes —sentenci6—. Me temo que poco podr6 hacer con ella. Parece pesar como la *curuxa*<sup>3</sup>.

La ilusi6n que la gracilidad de aquella anciana sembr6 en ellos, se esfum6 tras aquellas palabras.

—Parece que ha venido la Guaxa —susurr6 con un desánimo contagioso que contrajo las paredes del hueco.

Mantuvieron la mirada fija en ella mientras preparaba una lata con resinas que procedió a quemar con una brasa que nadie supo de d6nde sac6. Comenz6 el conjuro a la vez que el aroma perfumado invadía la estancia.